

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMEA COLECCION DE ARTICULOS ORIGINALES DE
«LA LECTURA POPULAR».

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y SALVANI.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de una peseta en toda España, franca de porte. Al que tome doce ejemplares se le regalarán dos, y al que tome ciento se le regalarán veinte.

Los pedidos, acompañados precisamente de su importe, al Editor, D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, Madrid.

ADVERTENCIA.

Rogamos á todas las personas que nos tienen hechos pedidos de esta obra, se sirvan dirigirlos á Madrid en la forma que indica el anuncio y los recibirán inmediatamente.

LOS POBRES DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO.

I

Ya redoblan los alegres tambores de Noche-Buena; ya zumban las orondas zambombas, y chirrían agriamente las chicharras, y hacen insufrible coro desteplados rabeles y estrepitosos panderos y sonajas. Los chicos de la calle van en tropel cantando al son y pidiendo aguinaldo de puerta en puerta. Otros, más afortunados, saltan de alegría y desesperan á sus madres, excitados por las voces de los vendedores, que les muestran sus puestos llenos de abigarrados nacimientos, figuritas de barro, fuentes de cristal, blando musgo y oloroso romero. Agópanse aquí las criadas, y á gritos regatean frescos besugos, apilados entre hielo sobre blancas mesas de lustroso mármol; allí un marmiton detiene y albrota desordenada y chilladora haz de bien cebados pavos, que en vano procuran escapar de la mano del verdugo; más allá, los golosos invaden las tiendas, atestadas de encajonados turroneos y pintarrajeados mazapanes. Por todas partes arden grandes fogatas, destinadas á templar la alegre velada que comenzará á las doce. Calles y plazas rebosan en gentes, animacion y bullicio. Y dentro de las casas resplandecen los nacimientos, cuajados de lucecitas; y el ruido del almirez que suena en la cocina, se confunde con el repicar de los tamborcillos y panderetas, los alegres cantos alborotados gritos de los niños, que saltan y bailan delante del nacimiento.

¡Qué alegre es la Noche-Buena! Es la fiesta de los niños, es la fiesta de los pobres: porque se celebra el nacimiento del Niño Dios, y el Niño Dios no tenía dónde reclinar su cabeza. Es la fiesta de los niños, es la fiesta de los pobres, y no hay alegría igual á la alegría de los pobres y de los niños.

Cuando yo tenía madre y pasaba con ella cantando y rezando la Noche-Buena, pensaba: ¿habrá alguno que esta noche tenga tristeza? Ahora que no tengo madre y me acuerdo de las Noches-Buenas que pasé con ella, digo: ¿es posible pasar esta noche con alegría?

II

Las gentes van y vienen, entran y salen, y no reparan en un chicuelo descamisado, en una viejecilla llena de andrajos que están acurrucados en el quicio de una puerta,

El chico, que aún no tiene seis años, no sosiega. Salta sobre una losa para calentarse los piés, se sopla los dedos amoratados de frío sacude con ambos brazos el cuerpecillo medio helado. La vieja, que ya pasa de los ochenta, está sentada, inmóvil, con las manos cruzadas y fijos en el suelo los ojos que ya no ven.

Cuando el chico se cansa del ejercicio, abrázase á la vieja; y dando diente con diente, le dice con ansia:

—¡Abuelita, tengo hambre!

La viejecilla no responde ni se mueve; pero los ojos se le llenan de lágrimas. El niño se acerca más á ella buscando abrigo, y la dice con mucha angustia:

—¡Abuelita, tengo frío!

La viejecilla sigue muda é inmóvil; pero las lágrimas no le caben ya en los ojos y le corren por la cara.

—¿No cenaremos hoy tampoco?—preguntó el niño—¿dormiremos en la calle como ayer?

La viejecilla calla y llora. A poco el chicuelo vuelve á decirle:

—Mire usted, abuelita, aquella señora me ha mirado. Aquellos niños llevan muchos dulces. ¿Quiere usted que les pida un ochavito?

La viejecilla, sobresaltada, ceje al niño, que ya iba á echar á correr, y le responde:

—No, hijo mio. Si te ve el celador nos prenderán, me separarán de tí...

Y se abraza á su nieto, y le llena de besos y de lágrimas.

Una voz estentórea sale del fondo del portal, y dice:

—¿Qué haceis ahí, tunantes? A ver si dejais libre la puerta.

El niño hace un mohín, y ayuda á levantar á su abuela, que no se puede mover. Van á sentarse en el borde de la acera, y un municipal les grita:

—¡Eh! ¡Largo de ahí! ¡No estorbeis el paso!

El chico le mira de reojo, y metiéndose un dedo en la boca echa á andar, llevando á su abuela de la mano y sirviéndole de guía.

La viejecilla sigue con trabajo y fatiga á su nieto por donde quiere llevarla. Al chico se le van los ojos detras de los que pasan con dulces y comestibles, y no los sabe apartar de los escaparates llenos de turroneos y mazapanes. Y así andan toda la calle, y otra y otra á la ventura, y se alejan del centro y llegan á barrios apartados y más solitarios. Y por todas partes suenan tambores y zambombas; y de todas las casas sale confuso ruido de cantares y voces de regocijo.

III

—Ya estamos en la plaza donde le gusta á usted estar, abuelita—dice el niño.

La viejecilla alza con prontitud la cabeza, como si quisiera ver lo que le rodea; pero sus ojos están ciegos, y otra vez los baja con tristeza resignada.

Delante de ellos se levanta una casa magnífica. Por los balcones del cuarto principal, que no tienen maderas, sale el resplandor de mil bujías que arden en espléndidas arañas, y en las suntuosas cortinas se dibujan las sombras de cien criados que preparan y aderezan opíparo banquete. Por las ventanas de las cocinas, que están al nivel del suelo de la calle, se evapora el perfumado calor de succulenta comida. El chicuelo, hambriento, recorre una por una todas las ventanas, y husmea como

el perro la caza; la viejecilla se deja llevar maquinalmente, distraída y llorosa.

Óyese á lo léjos confuso ruido de un coche que se acerca rápidamente y entra desempedrando las calles, y se detiene con estruendo á la puerta de la casa. Baja el lacayo del pescante, abre el portero en mano, la portezuela, y baja una señora envuelta en pieles y terciopelos. El chico olfatea el olor que sale de las cocinas, mira á la señora, mira á su abuela, mira á uno y otro lado toda la calle, no ve al celador, y tirando de la viejecilla, se acerca á la señora y le pide una limosna.

—Dios te ampare—dice la señora.

—No hemos comido en todo el día—dice el niño.

—Quítate de en medio—dice la señora.

—No tenemos donde dormir—dice el niño.

—¡Oh! ¡qué pesado!—dice la señora.

Y pasa haciéndose á un lado para no mancharse con los harapos mugrientos de los pobres. El chicuelo y la viejecilla se apartan, y van á cruzar por delante del coche. Al mismo tiempo el cochero tiende el látigo sobre los caballos, que arrancan. El niño da un grito, tira con fuerza de su abuela y pasa, sintiendo en su cara el resoplido de los caballos. El cochero, irritado por el susto, alza el brazo y descarga furioso latigazo sobre el pobre niño.

El coche se va corriendo; los pobres se quedan llorando; dentro de la casa se oye rumor de alegres voces y ruido de platos y cubiertos; y á lo léjos suenan tambores y zambombas, y cantares y el ruidoso alboroto de la alegría.

IV

La viejecilla se sienta entre unos escombros que hay enfrente de la casa magnífica, y estrecha al niño entre sus brazos para darle calor, y con besos y caricias quiere hacerle olvidar el dolor del latigazo.

—¡Pobre hijo mio!—dice—¡Si tu padre viviera!...

El niño llora y se queja á veces del dolor, á veces de hambre y de frío.

Van llegando otros coches, y en la casa van entrando otras gentes lujosamente vestidas y abrigadas. Nadie repara, y si alguno mira, ninguno hace caso del niño y la viejecilla que entre los escombros de enfrente se mueren de hambre y de frío, y parecen abandonados de Dios y de los hombres.

Poco á poco va aumentándose el ruido que sale por los balcones del cuarto principal, y nótase más movimiento y mayor animación. La sala se ha llenado de gentes que se sientan á la mesa y comen, beben y ríen. Con lo que su gula perdona, con lo que cada uno desperdicia, habría de sobra para salvar la vida y mantener muchos días á los pobrecitos que entre los escombros de enfrente se mueren de frío y de hambre.

La viejecilla pone atento el oído, y el rumor de las voces, y las risas y los platos, la hace estremecerse, y rompe á sollozar y á llorar con mucha amargura.

—¿Qué es eso, abuelita?—pregunta el niño asustado.

La viejecilla abraza y besa á su nieto, y besándole se serena y le dice:

—Hace muchos años, hijo mio pasaba yo con tu padre que era niño, la velada de Noche-Buena ahí dentro, sin hambre, sin frío, y celebraba el nacimiento del Niño Jesús orando y cantando con piadosa alegría.

—¿Y porqué no entramos ahora?—preguntó el niño.

—Han pasado muchos años, han pasado muchas cosas—replicó la viejecilla—y esa casa ya no es nuestra.

Y por entretener al niño, ó porque la boca habla de lo que está lleno el corazón, prosiguió diciendo:

—Entonces aquí no había casas, todo esto era campo, y ese palacio que mis ojos ya sin luz no pueden ver, era magnífica iglesia. Las tierras que había detrás eran de los monjes que cuidaban de la iglesia; pero ellos vivían pobremente, y las tie-

rras estaban repartidas entre muchos pobres. Una de ellas había sido de mis abuelos y de mis padres, y mía; y cuando yo me muriese había de ser de mis hijos y de mis nietos. Cuando las hojas caían, llevábamos á la iglesia dos gallinas; cuando brotaban las hojas, llevábamos flores para el altar de la Virgen.

En cambio de eso teníamos casa que nos daba abrigo, tierra que nos daba para comer; y los que cuidaban de la iglesia enseñaban á nuestros hijos, y nos daban una limosna cuando el año era malo, y nos consolaban en nuestras tristezas, y no asistían en nuestras enfermedades. Porque eran nuestros señores; pero nosotros los llamábamos padres, y esos eran también. Cuando llegaba Noche-Buena ponían en la iglesia un nacimiento muy hermoso, y todos veníamos á cantar y á rezar delante del Niño Jesús. En Semana Santa ponían un calvario, y todos asistíamos á los Divinos Oficios. Nos alegrábamos cuando Jesús nacía, llorábamos cuando Jesús moría; sus fiestas eran nuestras fiestas, porque nos considerábamos, y así éramos en verdad, miembros de la familia de Jesús. Ya era mozo tu padre, cuando un día vino un hombre y le dijo: «Los que cuidan de esa iglesia son ricos, y tú eres pobre; ¿quieres que los echemos y nos repartamos sus riquezas?» Tu padre le miró espantado. ¿Qué harías tú si alguno te dijese que te volvieres contra tu abuela y la hicieras mal?

—¡Ave María, abuelita!—exclamó el niño abrazándola.

—Pero aquel malvado encontró otros malvados que le ayudasen. Un día entraron en la iglesia, asesinaron á los que cuidaban de ella, tiraron las imágenes, destruyeron los altares, levantaron ese magnífico palacio; y al día siguiente nos echaron á los pobres que vivíamos en las tierras que había detrás, y se las entregaron á gentes ricas, que les dieron por ellas mucho dinero. Nosotros tuvimos que pedir limosna hasta que tu padre encontró trabajo en una fábrica que había hecho el que se apoderó de la iglesia que estaba ahí enfrente. Su oficio era dar vueltas á una rueda. Antes de amanecer ya estaba al pié de la máquina; no salía del trabajo hasta que ya era de noche; y aun los domingos tenía que ir á la fábrica para que no le despidiesen y nos dejasen sin comer. Tu padre era muy alegre, y se puso muy triste: era muy bueno, y se hizo uraño y violento. pobrecillo pasó un día y otro día, y un año y otro año atado á una rueda como las mulas de una noria, sin tiempo para estar con nosotros, sin tiempo para rezar, sin un día de descanso, oyendo á todas horas blasfemias y maldiciones. Los que le quitaron el pan del cuerpo, le arrancaron también la paz del alma.

Un día se acercó á él un hombre, y llevándole á una ventana, le enseñó un coche muy lujoso que pasaba, tirado por caballos muy hermosos, con criados vestidos de libreas muy vistosas, y dentro un señor muy majo, que era el dueño de la fábrica. Dijo el hombre á tu padre: «Tú trabajas y te afanas como una bestia y no tienes un día de alegría, y cuando seas viejo te morirás de hambre. Ese, entre tanto, goza el fruto de tu sudor y vive como un príncipe. ¿Quieres que le matemos y nos repartamos sus riquezas? Tu padre miró al del coche con ira, miró con alegría al que le hablaba, y salió con él á la calle. «Toma», le dijo el que le acompañaba, y le dió un puñal. Atravesaron unos cuantos callejones, hasta llegar á una plaza por donde el coche había de pasar, y esperaron. Ya llegó el coche. El que iba con tu padre le dijo: «¡Mátale!» Tu padre saltó al coche, alzó el puñal y lo undió en las entrañas del infeliz que iba dentro.

—¡Qué miedo!—gritó el niño escondiendo la cabecita entre los brazos de su abuela.

La viejecilla, bajando la voz, le dijo:

—Aquel hombre que iba con tu padre heredó al muerto, y ahora vive en esa casa.

—¿Y mi padre?—preguntó el niño alzando la cabeza y mirando con ansia y susto á su abuela.

—A tu padre le ahorcaron por asesino—dijo la viejecilla.

haciendo la voz, y dejando caer la cara bañada en llanto sobre el cuerpo de su nieto.

V

El festín de la casa magnífica llega ya á los postres; los vapores del vino alegran las cabezas y sueltan las lenguas; oyes el ruido de las copas que chocan, de las conversaciones que se animan, y ruidosas carcajadas y alegres brindis, y estrepitosa vocería. Así reían, así gozaban el tetrarca de Jerusalem, escribas y fariseos, mientras el Niño Jesús nacía en un pesebre, porque no había lugar para Él en un meson.

La viejecilla, agotadas las fuerzas por el frío y el hambre y el dolor, oprime contra su pecho al nietezuelo que da diente con diente, y tiembla debilitado por el hambre, y se va quedando yerto con el relente helado que cae del cielo. Así tiritaba de frío sobre las pajas del pesebre el Niño Dios; así le abrazaba su Santísima madre; así lo miraba el Santo Patriarca en el establo de Belen, mientras los poderosos reían y gozaban en sus espléndidos palacios.

—Abuelita—dice el niño con voz apagada—no puedo más, me voy á morir.

—Hijo mio—le responde la viejecilla sin fuerzas ya para abrazarle y con la cabeza medio perdida.—Dios cuidará de nosotros... la Virgen nos amparará... los ángeles vendrán á buscarnos y celebrarán con nosotros la Noche-Buena...

El niño apoya la cara sobre el pecho de su abuela, la viejecilla dobla la cabeza sobre el cuerpo de su nieto, y se duermen. Primero duermen sin soñar; luego sueñan con los tambores y las zambombas, y los nacimientos y el bullicio del día; luego sueñan con el Niño Dios, y con la Virgen y San José, y los ángeles que cantaron la gloria del Salvador recién nacido; luego el hambre y el frío ponen yertos sus cuerpos, paran los latidos de sus corazones y ya no sueñan; los ángeles bajan á buscar sus almas, y se las llevan á celebrar la Noche-Buena en el cielo.

La luz que sale por los balcones de la casa se va apagando; el ruido de voces y risas se va extinguiendo; á lo lejos van cesando el estrépito de los tambores, los gritos y los cantares. Todos duermen, todo ha pasado.

¡Feliz el chicuelo descamisado, feliz la viejecilla ciega, que para ellos pasaron ya los dolores, y nunca pasarán las alegrías eternas!

En cambio... ¡ay! de los engañadores del pueblo; ¡ay! de los que le embrutecen con las malas doctrinas; ¡ay! de los que le empujan á las revoluciones; ¡ay! de los que le arrancan la fé y la paz del alma, y con la fé y la paz del alma, el pan de la boca... para esos habrá, algun día, dolores que no acabarán jamás.

(De La Semana Católica)

PARA QUE SIRVA DE DESENGAÑO.

Para que se desengañen los inocentes hijos del pueblo y comprendan lo que se proponen las gentes que hoy predicán ciertas doctrinas, copiamos á continuación el siguiente trozo de un *Manual Masónico*, que han publicado varios periódicos para vergüenza de sus autores, Dice así:

«La acción de la masonería débese principalmente dirigir á desacreditar á los sacerdotes y á impedir que el pueblo tenga contacto con ellos, ya sea en las cosas religiosas, ya en las de familia.

«Es preciso apartar de la Iglesia la mujer y nutrirla de lecturas, periódicos y otros escritos, con el fin de hacerle conocer los inconvenientes de la Religión.

«Conviene establecer centros de vigilancia, los cuales tengan vivas relaciones con las autoridades, maestros, secretarios, y con los cafés, farmacias, donde se alimente continuamente la oposición al sacerdocio. *Recójanse noticias y trasmítanse á los*

diarios para destruir la veneración de los ignorantes hacia los sacerdotes.

«Conviene desuadir á las familias que lean diarios católicos, é introducir en todas las casas un diario liberal, y si en algun pueblo alguien se levanta á sostener la causa del sacerdote, es preciso confundirlo.

«Establézcanse contra el sacerdote católico las sociedades cooperativas liberales, escuelas, asilos infantiles; promuévase el trabajo festivo; que se comprometan las compañías volantes de teatros á dar representaciones en las noches; que se unan los jóvenes con las jóvenes y se exciten las pasiones, para que las pasiones excitadas mantengan á los jóvenes apartados del sacerdote.

«No se tengan escrúpulos en elegir los medios para destruir el prestigio de la Religión y del sacerdote: todos los medios son buenos para librar á la humanidad de las cadenas del sacerdote.»

Me parece que la cosa no puede estar más clara.

¡Alerta! infelices hijos del pueblo. Con vosotros se quiere hacer lo que con el hijo de la vieja, cuya historia hemos copiado. Corromperos, lanzaros contra la iglesia para conseguir ciertos fines particulares y despues... dejar que os ahorquen.

VARIEDADES.

CANTARES DE NAVIDAD

FLORES DE INVIERNO

JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

AL NIÑO.

No sé si será el amor,
Ni sé si serán mis ojos;
Mas cada vez que te miro
Me pareces más hermoso.

Abreme tu pecho Niño,
Abreme tu corazón;
Que hace mucho frío fuera,
Y aquí sólo hallo calor.

El que quiera belleza
Venga á tu rostro;
Quien quiera luz del cielo
Venga á tus ojos;
¡Ay! Niño amado,
Y el que quiera dulzura
Venga á tus labios.

Niño, niño, y como quemas
Por la fuerza del amor!
Si esto haces cuando tiritas
¿Qué harás cuando haga calor?

Por el valle de rosas
De tus mejillas
Corren dos arroyitos
De lagrimitas;
Déjame, deja
Que ellas la sed apaguen
Que me atormenten!

Jesús, tú eres el alma
Del alma mía:
Sin tí la luz es sombra
Muerte la vida.
Manso cordero!
Contigo hasta el Calvario;
Sin tí, ni al Cielo.

Al ver cómo tú me traes
De tu pecho en lo más hondo

Yo te traigo, Niño mio,
En las niñas de mis ojos.

Quieres que juguemos, Niño,
Al juego del esconder?
Pues escóndeme en tu pecho,
Que yo en mí te esconderé.

¡Ay! no me bagas pucheritos,
Que me vas á hacer llorar:
Calla; que aquello que hice
No volveré á hacerlo más.

En vano te disfrazas
Y escondes, Niño,
Los ángeles del Cielo
Te han conocido.
Tan solo el hombre,
Por más que te descubres,
No te conocel

Por qué están tus labios, Niño,
Que parece brotan sangre?
Porque con mis labios sucios
¡Ay! ¡me he atrevido á besarte!

Manda, Niño, por favor
Que antes que llegue á hacer una,
Me dé una cornada el buey,
Y un par de coces la mula.

Si lloro tú te sonries,
Y sufro si á llorar llegas:
Tus lágrimas me entristecen
Y mis lágrimas te alegran.

Quién te ha enseñado tan pronto
A tener tan malas mañas;
Pues que robas corazones
Como si fueran manzanas?

Son la Cruz y el pesebre

De una madera
Con que Dios ha labrado
Todas sus flechas.
¡Ay! prenda mía:
Atraviésame el pecho
Con una astilla.

Á LA MADRE.
Madre, no dejéis al Niño
Recostado en el pesebre:
Que hay hombres. Dios los perdo-
Muy capaces de comérsele. (ne.

Falta hace un perro. Señora,
Para guardar el establo
Yo os serviré como un perro,
A ver si para eso valgo.

Yo quiero ser bueno, Madre,
Y el corazón no me deja:
Di lo que pasa á tu Niño
A ver cómo lo remedia.

Á SAN JOSÉ.
Hágale, Señor José,
A ese Niño una cunita;
Aunque, qué cuna mejor
Que los brazos de María!

Pues Jesús es para todos
Y por todos ha venido,
Deme V., Señor José,
Deme V. un ratito al Niño.

Voy á meterme á aprendiz
Para ganarme la vida:
Si me pierdo que me busquen
En vuestra carpintería.

EL HIJO Y LA MADRE.
—Madre, el corazón me duele.
¿Qué tendré en el corazón?
—¡Una corona de espinas!
Yo una espada de dolor!

LA VIRGEN AL NIÑO,
Dormido está mi gloria,
Duerme mi Niño;
Sonríe porque siempre
Sueña conmigo:
Conmigo sueña!
Sueña en su Inmaculada!
Bendito sea!

EL NIÑO A LA MADRE.

Desde el Cielo hasta tu seno,
Desde tu seno á este establo...
Aun queda lo más penoso:
Desde Belén al Calvario!

Duermome en tus brazos, Madre,
Sueño que estoy en tus brazos.
Entre tus brazos despierto
Y aun pienso que estoy soñándol

LA MADRE AL NIÑO.

Jesús mío! Jesús mío!
Jesús de mi corazón!
Ay! Jesús de mis entrañas!!
Qué más te he de decir yo?

AL NIÑO.

Es tanto lo que te quiero
Que á besos te comería
Y si te volvieras pan
Siempre á poco me sabría.

Dicen por ahí malas lenguas
Que andas de amores perdido;
Pues qué harás cuando mayor
Si empiezas desde tan Niño?

Vienes á ver si los hombres
De tí se enamoran más?
Pues por esta cruz te juro
Que caro te ha de costar.

Las abejas buscan miel
Y se posan en tus labios;
Como parecen claveles
Que se engañen no es extraño.

Hagamos, mi Niño, un trueque,
Aunque yo pienso ganar:
Toma mi vida y mi alma,
Y dame tu amor, y... en paz.

Mil corazones, Niño,
Yo te daría
Por lograr una sola
De tus caricias.
Mas... miento, miento
Que el que tengo me pides
Y te lo niego.

A. M. D. G.

El justo es feliz.

Tengo para mí, dice un sabio, que no hay personas más dichosas en el mundo que los justos, porque como tienen fé en la providencia y se conforman con su voluntad, cuanto les sucede les viene bien. Si son humillados, aceptan la humillación. Si son pobres, se complacen en su pobreza. Son pues dichosos, porque aunque les sucedan las más grandes amarguras siempre están contentos con su suerte. No en vano dice la sagrada Escritura:

«Todo lo que acontecerá al justo, no le contristarán, no alterará la serenidad de su alma, porque nada le acertará contra su voluntad.»

Verdades claras.

A medida que crece en el hombre el conocimiento y amor de los bienes eternos, disminuye el cuidado de buscar los bienes temporales y terrenos; y por el contrario, con tanto mayor desenfreno procura agradar al cuerpo cuanto menor interés tiene de agradar al alma.

El obrero ignorante de sus deberes religiosos, y que desprecia la Religión, por lo mismo busca con desenfreno el lujo, la satisfacción de sus pasiones. No le prediqueis que se contente con su posición, que ahorre para el día de mañana, que atienda á su familia si es casado; ¡vano intento! lo que quiere es gozar hoy y divertirse mañana será otro día.

si mañana se encuentra sin trabajo, enfermo, sin dinero, sin crédito, ¿á qué recurso apelará si le falta la fe práctica, la esperanza en la bondad infinita, si no tiene amor de Dios? No hallará más resolución que apelar al robo ó al fraude y en último recurso al suicidio.

La Sementera.

Si cumplimos fielmente los mandamientos de la ley de Dios, día vendrá en que recogeremos el fruto de nuestras privaciones, y nos regocijaremos, mientras que los que andan ahora á caza de placeres llorarán el amargo desencanto!

El tiempo presente nos ha sido concedido para sembrar; y los que en esta vida siembran delicias, en la otra recogerán dolor, mientras que los que siembran hoy derramando lágrimas pasajeras, recogerán después una alegría que no tendrá fin.

PENSAMIENTOS CRISTIANOS

Desde el pesebre, el niño Jesús enseñó á la humanidad dos grandes lecciones; la de la resignación y la del desprendimiento.

Al pobre le enseñó la paciencia y al rico la caridad.

Al primero le dijo, sube; al segundo le dijo, baja, y de esta manera juntó en un amoroso abrazo de caridad á los que siendo hermanos, se separaron por odio ó por egoísmo.

Si los hombres fijásemos los ojos en el portal de Belén y entendiésemos lo que nos está diciendo aquel niño desnudito, que tiembla de frío, quedarían resueltas en el acto todas nuestras cuestiones sociales.

EL SENTIDO CATÓLICO EN LAS CIENCIAS MÉDICAS.

El número 43 del año séptimo de esta cada vez más importante Revista que se publica en Barcelona contiene el siguiente SUMARIO: **Parte especulativa.**—SECCION DOCTRINAL: La libertad absoluta de la ciencia es un error contrario á fé.—SECCION BIBLIOGRÁFICA por **D. Sebastian J. Carner.**—**Parte práctica.**—**Medicina.**—Las inoculaciones anticoléricas del **Dr. Ferrán.**—Voto particular presentado al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación por el Dr. don Antonio Mendoza, individuo de la Comisión que pasó á Valencia con objeto de estudiar y dar dictámen sobre dichas inoculaciones, (continuación).—**Farmacología.**—Datos para la hidrología médica de Cataluña por el **Dr. Don Francisco de P. Benassat.**—Análisis cuantitativo racional ó hipotético del agua de la fuente Noguera de San Juan de Vilatorrada.—**FORMULARIO.**—Pastillas de Dethan de clorato de potasa.—Vino de Seguin (S. F. de Burdeos).—**Boletín.**—SECCION OFICIAL.—Sociedad médico-farmacéutica de los Santos Cosme y Damián.—**CRÓNICA.**—**ANÚNCIOS.**

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean cincuenta periódicos al mes, que el accionista reparte entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	1
Media id.	2 »	3 50
Un cuarto id.	1 »	1 25
Un octavo id.	50 cents.	»

Por medio de correspondencia 25 cént. de peseta más por acción. Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.

Imp. Nueva, Bellot, 3.